

AVISO AL LECTOR

1

El texto que viene a continuación tuvo en su origen una función introductoria. Era el umbral por el que se accedía a las piezas que cuatro grandes periodistas españoles, Josep Pla, Manuel Chaves Nogales, Julio Camba y Gazieli, escribieron durante la República y sobre la República. Pero dado que cada una de estas piezas, ya consistiera en la repesca de un libro, ya en el rescate de una serie de artículos nacidos en las páginas percederas del periódico, llevaba a su vez un prólogo privativo, la introducción no podía sino tomar derroteros distintos de los estrictamente ceñidos, en cada caso, a la materia prologada. Además, los claroscuros de aquel régimen exigían —por decirlo a la manera de Pla— una apertura de compás más amplia que la que podía desprenderse de sus textos y sus correspondientes exégesis. Había que hablar, por ejemplo, de las relaciones entre la historia y el periodismo, dos disciplinas no siempre bien avenidas. Y de las que mantuvieron intelectuales y políticos en una República que también fue, para lo bueno y para lo malo, la de las letras y el pensamiento. Pero había que hablar, sobre todo, de los periodistas de entonces, de los ya mencionados y del resto.

Y así fue como de esta urdimbre fue saliendo, casi sin yo proponérmelo, un esbozo de generación. De generación viajera —y ya en los años treinta del pasado siglo, sobradamente viajada—, conocedora, pues, del mundo y sus vaivenes, liberal a fuer de ilustrada, y que había recibido el nuevo régimen con esperanza y escepticismo a partes iguales —lo mismo que no pocos españoles, por cierto—. Hoy, cuando han pasado cerca de dos décadas desde la redacción de aquel texto, el libro donde figuraba como pórtico (Julio Camba, Gaziél, Josep Pla, Manuel Chaves Nogales, *Cuatro historias de la República*, Barcelona, Destino, 2003) lleva años ausente de los anaqueles de las librerías. Sólo en las de lance puede encontrarse algún ejemplar, y a precio de oro. No ocurre lo mismo, afortunadamente, con la mayoría de las historias que componían el volumen. Ni con el conjunto de la obra de sus autores y demás compañeros de oficio y generación.

La tentación de inducir de ello que la aparición de *Cuatro historias de la República* supuso, como suele decirse, un antes y un después con respecto al conocimiento que los lectores españoles puedan poseer hoy del periodismo de hace cien años, es grande y probablemente atinada. Pero sólo en parte. El encaje y la aceptación de un libro tiene mucho que ver con la oportunidad del momento. Y en aquel arranque de milenio el interés por el pasado y, en concreto, por cuanto guardaba relación con la Segunda República y

la Guerra Civil, pesaba decisivamente. O, lo que es lo mismo, estaba en el ambiente. Además, la obra bebía de unas fuentes recientes que habían empezado a despertar en el público lector una curiosidad manifiesta por el periodismo y sus labores. De una parte, la *Obra periodística* de Manuel Chaves Nogales, publicada en 2001 y en dos volúmenes por la Diputación de Sevilla, en cuidada y esforzada edición de María Isabel Cintas. De otra, la traducción al castellano de los *Dietarios* de Josep Pla, editados por Espasa en 2001 y 2002 y en cuyo segundo tomo figuraba precisamente *Madrid. El advenimiento de la República*, libro moldeado a partir de la experiencia y la producción de su autor como cronista parlamentario.

Con todo, ni el periodismo de Camba ni en especial el de Gaziél gozaban por entonces de un (re)conocimiento parecido. Camba había tenido su momento, pero hacía por lo menos medio siglo de aquello. Y de la producción periodística de Gaziél, toda anterior a la Guerra Civil, apenas pervivía, en forma de libro y en esas librerías donde lo nuevo tiene prohibida la entrada, algún ejemplar recosido, y no obstante algo cuarteado, de sus crónicas de la Gran Guerra, tan consumidas y celebradas por sus lectores de entonces. Y aunque las historias de la República reunidas en el volumen de Destino eran cuatro y cuatro sus autores, la generación a la que venimos refiriéndonos difícilmente habría sido tal

si no hubiera contado con dos compañeros de viaje, Augusto Assía y Eugeni Xammar, cuya ausencia en las páginas del libro sólo se justifica por el hecho de que ambos se hallaban fuera de España cuando la República y de que sus crónicas de corresponsal, por tanto, trataban de otros asuntos.

No hay duda de que a lo largo de las cerca de dos décadas transcurridas desde la aparición de *Cuatro historias de la República* todos estos nombres —y otros aún, de un liberalismo más incierto— han alcanzado la notoriedad que su obra periodística merece. Por no hablar de la específicamente literaria. Basta echar una ojeada al ISBN para corroborarlo. Reedición de libros cuya materia tuvo primero una concreción periodística, flamantes selecciones de artículos reunidos en volumen, correspondencias, biografías, prólogos, ensayos, nuevas y más completas obras completas; más no se puede pedir. Pocas generaciones literarias han dispuesto de un trato semejante. Y en cuanto a las periodísticas, sobra precisar que esta ha sido la única.

2

Publicar de forma autónoma algo que uno escribió veinte años atrás como introducción general a la producción republicana de cuatro grandes del periodismo español, es decir, volver independiente lo dependiente, requiere, como es natural, de algunos

ajustes. He procurado que fueran los mínimos, lo que equivale a decir que he resistido tanto como me ha sido posible a las dos tentaciones que suelen acompañar ese tipo de operaciones: la de cortar y la de añadir. Por supuesto, las referencias de orden interno a la propia estructura del libro o a un pasaje de alguna de las obras que venían a continuación del texto primigenio han sufrido la rectificación pertinente: o bien han sido suprimidas, o bien han sido reemplazadas por otras que remiten ahora al original. Este es el caso, por ejemplo, de alguna cita y de la mención bibliográfica que aparece en la nota correspondiente. También en este punto y atendiendo al posible interés del lector por profundizar en la obra de alguno de los autores, he actualizado a veces la bibliografía y la he acompañado, si se terciaba, de acotaciones, todo entre corchetes. Por lo demás, las notas, en vez de figurar a pie de página, se agrupan en la presente edición al final del texto, en consonancia con las características de la colección en que se insertan. En lo tocante al estilo, sólo he modificado algún fragmento, siempre con el objeto de arrojar algo más de luz a lo que me ha parecido innecesariamente oscuro. Y he introducido en fin, con un propósito similar, nuevos epígrafes. En conjunto, pues, poca cosa, y de lo poco alterado por adición, modificación o supresión, nada esencial.

No quiero terminar este breve aviso sin dejar constancia de mi agradecimiento a Athenaica y, en

particular, a uno de sus editores, Ignacio F. Garmendia, por la confianza y la competencia que han puesto en la reedición de este texto, no por sabidas y contrastadas menos dignas de ser subrayadas.

*Palma de Mallorca,
20 de febrero de 2022*

HISTORIA, PERIODISMO, VERDAD

Las relaciones entre la historia y el periodismo no han sido nunca todo lo ejemplares que sería de desear. La indiscutible preeminencia de que ha gozado siempre la primera con respecto al segundo ha favorecido los contactos furtivos, los ninguneos ocasionales, y hasta puede que alguna que otra bajeza. Trabajar con la memoria tiene estas cosas: de tanto dar cuerda a la distancia y al reloj, de tanto proyectar un ojo de pez sobre la realidad y fiarlo todo a la suprema sentencia del tiempo, uno se olvida pronto del valor primigenio de unos papeles que fueron, en su momento, la única verdad posible.

El asunto es viejo, y en parte conocido. Allá por la cuarta década del siglo XVII, cuando la historia llevaba ya un par de milenios de portentosa navegación, Théophraste Renaudot, un médico trocado en periodista a quien el cardenal Richelieu había encargado la confección del primer semanario editado en Francia, tenía por costumbre recopilar los números de su revista y anteponerles una especie de prefacio. Renaudot era consciente de la fragilidad de aquellos materiales, y sin duda también de su valor; de ahí que los reuniera año tras año en volumen, y aprovechara la ocasión para reflexionar sobre los gajes y las grandezas de un oficio que, como quien dice, acababa de nacer. En uno de estos prefacios, el director y

redactor único de la *Gazette* —que así se llamaba el semanario— dejó escrito lo siguiente:

La historia es el relato de lo acontecido; la gaceta no es más que el rumor que corre. La gaceta no miente, incluso cuando recoge una falsa noticia que le ha sido dada como verdadera. Con lo que sólo la mentira inventada a propósito merecería que la gaceta fuera objeto de reprobación¹.

Es evidente que Renaudot tenía bien asumido el papel vicario de su actividad. No le quedaba otro remedio: a la verdad mayúscula de la historia, pocas armas podía oponer la incierta verdad del periodismo. Pero, a pesar de su inferioridad manifiesta, el director de la *Gazette* no se amilanaba y seguía publicando y recopilando unas noticias que, a falta de filtros más seguros, contaban con la garantía profiláctica de su honradez. Renaudot no inventaba; Renaudot inventariaba, semana tras semana, año tras año, todo cuanto llegaba a sus manos. Y lo hacía convencido de que el ejercicio de su oficio, como la noble tarea del historiador, no tenía más justificación que la búsqueda constante de la verdad. Así lo razonaba en otro de sus prefacios de aquellos años:

Hay una sola cosa en la que no estoy dispuesto a ceder ante nadie: en la búsqueda de la verdad. Bien es cierto que la verdad no puedo garantizarla. De entre

quinientas noticias escritas a toda prisa de un clima a otro, resulta difícil que a nuestros corresponsales no se les escape alguna que merezca ser corregida por su padre el tiempo. Pero, aun así, puede que todavía existan personas interesadas en saber que, en tal época, determinado rumor era tenido por verdadero².

Renaudot estaba en lo cierto: hasta de las pequeñas desgracias de un oficio como el periodismo puede sacarse algún provecho. Y entre los primeros beneficiarios de estas enseñanzas figuran los historiadores, esas «personas interesadas en saber que, en tal época, determinado rumor era tenido por verdadero». Pero los historiadores trabajan con muchas fuentes, tanto orales como escritas, y el periodismo, al cabo, es tan sólo una de ellas. De ahí que en su afán por establecer la verdad deban renunciar a tantas verdades para ellos circunstanciales —a tantas verdades que en su propia e irrepetible circunstancia constituyeron a menudo la única verdad—, o se vean obligados, en el mejor de los casos, a fundirlas en un discurso mayor, en el que estas verdades aparecen, por lo general, perdidas o desdibujadas. La consecuencia de todo ello es que en los buenos libros de historia moderna y contemporánea, si bien la presencia del periodismo está asegurada, lo está como materia prima; y esta materia prima, cuyo uso y disfrute, en su proceso de actualización, corresponde casi por entero a los historiadores, no traspasa

jamás el nivel secundario en el que se encuentra confinada, el de las notas a pie de página, incluso cuando logra beneficiarse de un complejo mecanismo de fusión. Así, la verdad que estos viejos papeles encierran es siempre una verdad mediada por el trabajo del especialista, una verdad que apenas asoma³.

Alguien podría aducir, no sin razón, que las tribulaciones por las que pasaba un periodista como Renaudot a mediados del siglo XVII distan mucho de las que afectan hoy día a este oficio. Y hasta podría añadir, poniendo la mano en el fuego, que en el periodismo actual la verdad ya es asunto cerrado. Sin duda. Pero no vamos a perder el tiempo con las cómodas conformidades del presente, ni con sus falsos cierres: allá se las compongan los historiadores del mañana⁴. Lo nuestro es el pasado. Y en un lugar preclaro de este pasado figura un libro insólito, un libro vilmente olvidado. Se publicó en 1906, y lleva por título *El arte del periodista*. Su autor, Rafael Mainer, un aragonés afincado en Barcelona, ideó la obra como un pequeño manual sobre la práctica del periodismo, como un breve compendio de las enseñanzas que sus muchos años de experiencia en la profesión le habían reportado. Y la enseñanza principal que Mainer se propuso trasladar a sus lectores hará casi un siglo era que un periódico sólo podía concebirse como un producto industrial, como un negocio, como una máquina de hacer dinero a costa de la verdad. Es decir: que los viejos y

decimonónicos diarios de partido tenían los días contados. No constan en parte alguna los efectos que llegó a producir tan revolucionario manual. Pero merece la pena recordar que por aquellos años *La Vanguardia*, por ejemplo, ya había soltado el lastre partidista del pasado y se hallaba en pleno proceso de conversión en diario de empresa; y que su ejemplo estaba siendo imitado por otras muchas cabeceras españolas.

Una máquina de hacer dinero a costa de la verdad. Como la construcción resulta, cuando menos, equívoca, tal vez convenga aclarar que no esconde ninguna transacción dolosa, ningún trapicheo contrario al bien común, sino tan sólo la feliz constatación de que, donde hay negocio, tiene cabida la verdad. Si bien se mira, no andaba muy lejos Mainar cuando afirmaba que el diario de empresa en que él creía debía su existencia a «la moderna industria y comercio moderno de hacer y vender historias»⁵. De hacer y vender historias, sí, pero también Historia. Con mayúscula. Aunque la letra capital no fuera más que la evidencia del abismo que separa el singular del plural, y la distancia que franquear para llegar a lo más alto, una muy remota aspiración:

Un periódico *debiera ser* «La Historia que pasa»; un periódico *es...* algo muy distinto: la hoja impresa en la que se nos refiere lo que ha sucedido, lo que pudo suceder y hasta lo que no sucedió; lo que se piensa y lo

que no se ha pensado; es la impresión fotográfica del vivir, con todas las veladuras y falsedades de la fotografía cuando por el objetivo todo pasa en rapidísimo, en vertiginoso movimiento⁶.

A pesar del tiempo transcurrido, Mainar sigue chapoteando en las mismas aguas que Renaudot. Igual que le ocurría al francés, el aragonés no tiene más remedio que asumir las imperfecciones de su oficio. Una cosa es el deseo, y otra muy distinta la realidad. Con todo, esta realidad, esa «impresión fotográfica del vivir», esas «veladuras», esas «falsedades», ¿no constituyen acaso retazos de verdad? Sí, claro, a qué negarlo; pero, aun así, no existe la suficiente distancia de por medio, todo es demasiado rápido, demasiado próximo para que el conjunto pueda ser percibido en su totalidad. Y si para percibirlo en su totalidad hay que renunciar a los detalles, resulta que para percibir los detalles hay que renunciar a la totalidad. Mal asunto la verdad.

EL MODESTO OFICIO DE *CICERONE*

Josep Pla dedicó muchas horas y muchas páginas de su vida a tratar de resolver este dilema. No lo consiguió. Pla era un periodista, un narrador de historias, un hombre preocupado por la verdad. Su avidez por la escritura —de la que dan fe, en catalán, los cuarenta y cinco volúmenes de su *Obra completa*, y, en castellano,



Josep Pla.